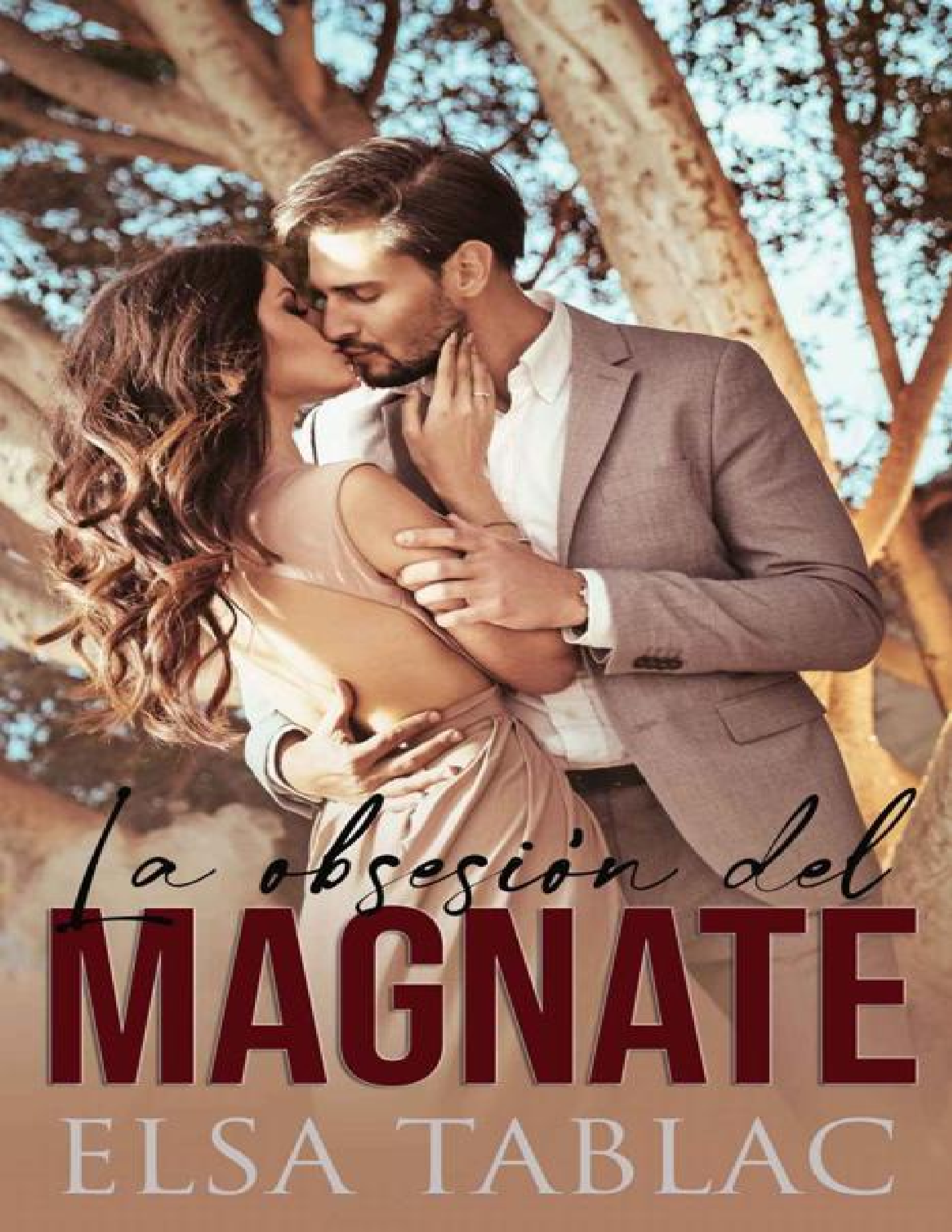
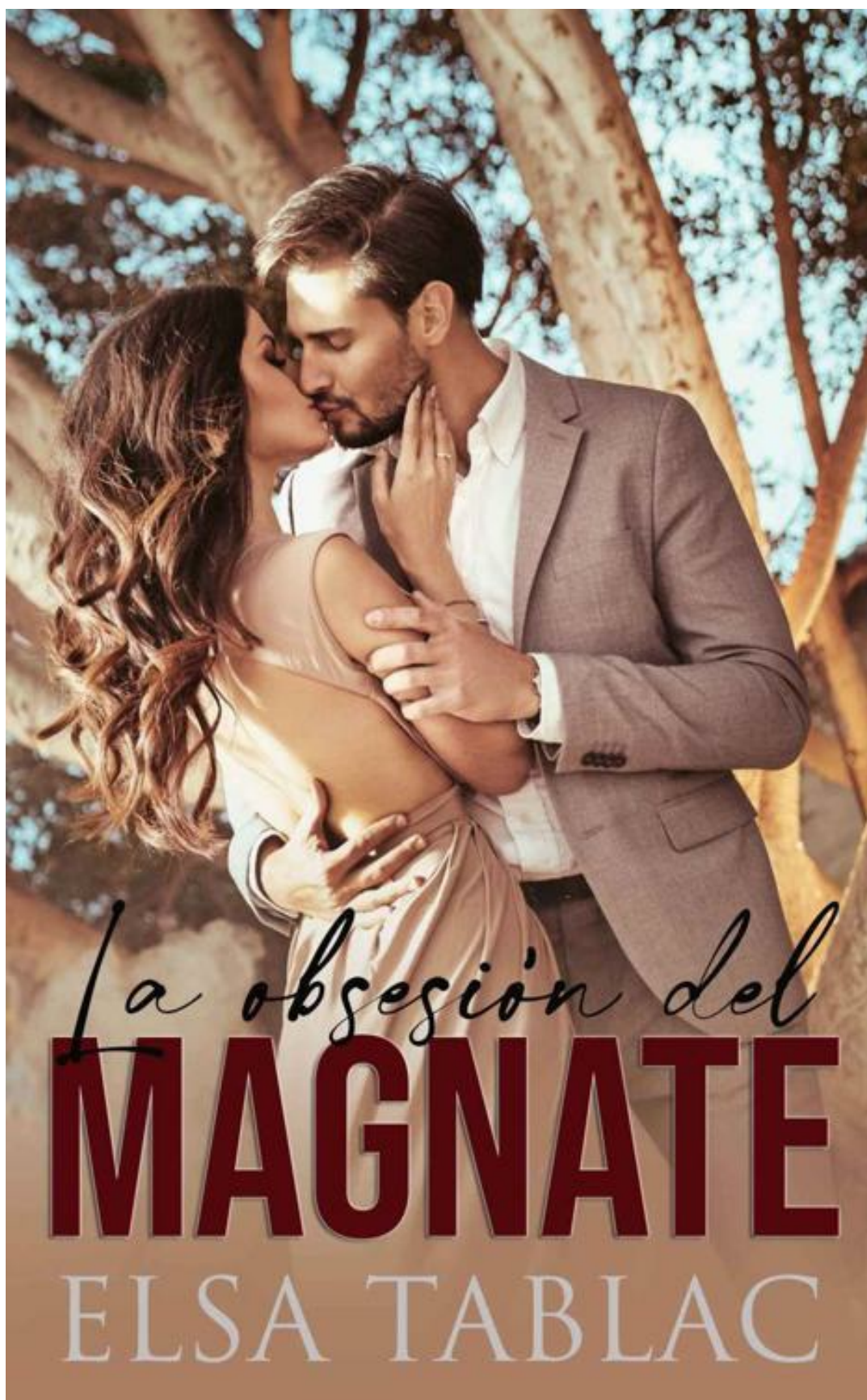




La obsesión del
MAGNATE

ELSA TABLAC



La obsesión del
MAGNATE

ELSA TABLAC

Contenido

[Créditos](#)

[SINOPSIS](#)

[LA OBSESIÓN DEL MAGNATE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[EPÍLOGO](#)

[NEWSLETTER](#)

[Otros títulos](#)

LA OBSESIÓN DEL MAGNATE

Millonarios de Manhattan #7

Primera edición: Enero 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Stella Bennett, una joven y talentosa pintora, expone un magnífico cuadro por primera vez en una galería de Manhattan. Allí conoce a Simon, un rico heredero de ascendencia griega aficionado al arte.

La atracción entre ellos es instantánea y magnética. Mientras Stella se pregunta quién es el misterioso comprador de su primera obra maestra, la obsesión de Simon por ella crece a toda velocidad entre rencillas profesionales, expectativas insatisfechas y el ojo vigilante de un detective.

¿Sobrevivirá su amor a los ecos del engaño?

La obsesión del magnate
Millonarios de Manhattan #7

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

STELLA

No debería sentirme así, pensé. No era exactamente una novata. Y sin embargo, estaba nerviosa. Miré a mi derecha, buscando la mirada tranquilizadora de mi amiga Chantel. Ahí, estaba, como siempre, acompañándome en mi primera exposición “seria”.

No era la primera vez que exponía una de mis pinturas, pero sí debutaba en una importante galería de Nueva York. Ni siquiera era una exposición completa de mi obra. Mi cuadro, al que había titulado en último momento *Sueños líquidos*, dominaba más de lo previsto en la sala con paredes negras de la gran galería de Victoria Sailor.

Pero solo era eso. Uno de mis cuadros.

Aunque *Sueños Líquidos* fuese espectacular.

No sé si era por los colores que había escogido.

La realidad es que ejercía de imán en aquella sala, en la que el resto de obras pasaban incluso desapercibidas. Una mezcla de emoción y de nervios me invadía. Incluso mis manos temblaban un poco.

Supongo que tenía cierta lógica. Ese día era la cumbre de muchos meses de trabajo. Habían sido muchas noches casi sin dormir, trabajando en mi estudio minúsculo, sin calefacción, con los dedos de unos guantes de lana recortados. No sé si me paso de grandilocuente, pero exponer en el espacio de Victoria Sailor esa noche era como revelar mi alma al mundo.

Era una galería de primera categoría. No había sido nada fácil acceder a ella.

Y esa noche, acompañada de Chantel, me movía entre los primeros asistentes con los nervios a flor de piel. Mi temor principal, que era que nadie se presentase en la inauguración, era del todo infundido. Eso, en el fondo, jamás iba a suceder. Los eventos de Victoria, las *noches de arte*, como ella las llamaba, eran siempre un éxito.

Me paseé un poco entre la multitud que empezaba a llenar el local, con el murmullo animado de las conversaciones y el tintineo de copas de champán de fondo. Pero realmente no prestaba atención al entorno. Buscaba a Victoria entre sus invitados, y no la veía. Había charlado un rato con ella cuando traje el cuadro y me pidió que estuviese tranquila. Que ella misma me avisaría si lograba su venta, algo de lo que estaba convencida.

—¡Stella! —oí de nuevo la voz animada de Chantel a mi espalda—. Te estaba buscando.

Me apretó el brazo, y sentí como me contagiaba su sincera emoción. Era mi mejor amiga desde que estudiamos arte juntas, aunque justo cuando terminamos su carrera tomó otro camino. Ahora era una cotizada maquilladora profesional. Trabajaba habitualmente con diseñadores de moda, haciendo editoriales de revistas y recientemente había empezado en el mundo de la publicidad. Y lo había conseguido en un tiempo bastante record.

Yo, en cambio, seguía empeñada con la pintura. No tenía un plan B. Quería ser pintora, vivir de mis cuadros. Y sabía que no era fácil y que existía la posibilidad de no lograrlo. Pero no pensaba darme por vencida fácilmente.

Chantel me decía que me admiraba por ello. Su trabajo le gustaba, pero le ocupaba tantas horas —incluido el hecho de tener que viajar a menudo— que al llegar a casa por las noches ya no le quedaba energía para retomar los pinceles. Yo asentía ante sus esporádicas quejas y sentía el vértigo de saber que mi presupuesto, el dinero que había ahorrado para alcanzar mi sueño de ser pintora, se terminaría en dos o tres meses.

Después no me quedaría otra que buscar un trabajo como el resto de los mortales.

Y eso era algo que me preocupaba y me consumía, pues ya lo veía en el horizonte.

Con todo esto, con mi cuadro resplandeciendo desde una de las paredes de Victoria Sailor, no tenía tiempo para pensar en mucho más. En mi vida, en ese momento, no había sitio para un hombre. Solo de pensar en la energía que me consumiría un ente masculino en ese momento me echaba para atrás. No. No recordaba la última vez que me había interesado por alguien que no estuviese ligado de alguna manera al mundo del arte, y solo entonces como un interés puramente profesional.

Mi presencia y sobre todo la de mi cuadro en aquella galería, esa noche, eran demasiado importante para mí.

Por eso ese precisamente era el peor momento para que Simon Stephanopolis irrumpiese en mi vida como una tempestad.

Y sin embargo allí estaba. Esa fue la primera vez que lo vi, paseando entre el público de la exposición. Con Chantel a mi espalda, susurrándome que por fin estaba ante mi gran oportunidad.

El resto de caras se difuminó en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Noté que un par de ojos sostenían mi mirada con una intensidad que enviaba escalofríos por mi espina dorsal. Era un hombre alto, impecablemente vestido con ojos oscuros y penetrantes. Su presencia era magnética y me atraía con una evidente fuerza invisible.

Era como si nuestros caminos se hubiesen cruzado irremediablemente, mediante un atajo. Y supongo que hubiésemos caminado el uno hacia el otro en ese momento de no ser porque, en ese preciso instante, Victoria Sailor apareció de la nada y me rodeó los hombros con su largo y refinado brazo. Sus ojos brillaban con admiración. Estaba más contenta de lo habitual.

—Stella, ha llegado el momento. Estoy tan feliz de poder darte una buena noticia. No ha pasado ni media hora desde que hemos abierto y tu cuadro ya está vendido. ¿No es fabuloso?

Fabuloso era el adjetivo favorito de Victoria. Sentí una descarga eléctrica de pura felicidad recorriéndome la espalda. *Sí, joder, pensé. Por fin sale algo bien.*

—Vaya...no sé qué decir —balbuceé.

—No tienes que decir nada. Solo disfruta de tu primera gran venta, querida.

Tenía muchas preguntas y al mismo tiempo algo me paralizaba. Me dejé arrastrar por Victoria hasta los pies de mi pintura.

—¡Un momento de atención, todos! Siento deciros que *Sueños Líquidos* ya no está disponible. Sed testigos del éxito de esta gran artista novel, por favor. Stella Bennett. Recordad su nombre. Estoy convencida de que oiréis hablar mucho de ella.

Me quise fundir con el suelo. Un aplauso acalló los murmullos de la sala. Me invadió una placentera sensación de validación.

Me había volcado en ese cuadro y, sorprendentemente, no me dolía lo más mínimo separarme de él. Esa venta significaba poder permitirme unos meses más el alquiler de mi estudio. Dios mío, tenía que reunirme con Victoria. Sabía que también estaba interesada en representar a

artistas que empezaban. Tal vez ella podía aconsejarme...

—¡Stella! ¡Felicidades! —Chantel exclamó a mi lado, acogiéndome entre sus brazos.

—¿Quién lo habrá comprado? —susurré en su oído, aún incrédula.

—¿Qué más da eso? ¡Es tu primera venta! Y sabemos muy bien que Victoria Sailor no regala sus piezas, precisamente.

Mientras Chantel revoloteaba emocionada y me prometía que volvería enseguida a mi lado con unas copas para brindar, eché un vistazo a la galería.

El corrillo en torno a mi cuadro ya se había disuelto y el murmullo distendido de las conversaciones habían vuelto a su tono ambiente habitual. Me perdí de nuevo entre las miradas de aprobación de algunos asistentes, pero no pude evitar mirarlos un poco más detenidamente. ¿Quién de ellos había comprado el cuadro?

Vi a lo lejos al atractivo tipo del traje oscuro. El hombre que podría desviarme de mis objetivos si se lo propusiera. ¿Y si había sido él? Era una ilusa por pensarlo, pero la idea de que colgase mi obra en una pared donde pudiese contemplarla cada día me excitaba. ¿Tal vez su dormitorio?

Daba lo mismo. Nunca lo sabría. Victoria probablemente no soltaría prenda sobre quién era el comprador. Esa era siempre, decía, una información confidencial que no debía preocupar al artista.

Observé como la gallerista colocaba un post-it rojo en la pared, junto a mi cuadro. Eso indicaba que ya no estaba disponible.

Volví a flotar de felicidad cuando noté el tacto eléctrico de una mano cálida, pero ajena. Me giré, esperando a Chantel. Y no. Era él. Pronto sabría su nombre, me lo grabaría a fuego. Simon Stephanopolis había salvado por fin la distancia que nos separaba en aquel mar de cuerpos.

CAPÍTULO 2

SIMON

—No podía dejar pasar la oportunidad de saludar a la artista —le dije, sosteniendo su mano entre las mías un poco más de la cuenta.

Aquel contacto casi íntimo me estremeció, y solo esperé que no la incomodase. Era perfecta. Espectacular. Por fin la tenía ante mí. En persona. Y era incluso algo distante, como si su lugar natural fuese un altar, o un trono, en cualquier caso un estrado superior al del resto de mortales. Y no lo sabía. Eso era lo gracioso. Stella Bennett no sabía lo bella que era.

Puedo detectar fácilmente ese tipo de cosas, porque leer a la gente es una de mis virtudes. Una condición indispensable a la hora de construir una fortuna.

Soy un millonario atípico. Soy consciente de mi privilegio y de dónde ha salido todo mi dinero. Y la respuesta corta es: mi familia. Mi abuelo. Yorgos Stephanopolis, un constructor griego que hizo fortuna en la segunda mitad del siglo veinte. Una fortuna que mi padre y mi tío supieron administrar a la perfección, un talento que, por suerte, yo también he heredado.

Es muy fácil dilapidar una suma descomunal de dinero que tú no has ganado. Pero mi padre, antes de morir, solo me encomendó una misión: cuidar de esa herencia, cuidarla como si fuese una flor rara y delicada, y hacer que creciese. Y a eso he consagrado los últimos diez años, desde que terminé de estudiar.

¿Y qué estudié?

Nunca lo adivinarías.

Sí. Y por eso aún me dejo caer por estos sitios de vez en cuando.

Estudié Historia del Arte, para horror de mi padre. Me dejé llevar por mi auténtica pasión, que no es otra que la pintura, a la hora de escoger mis estudios. Aun así, sabía muy bien cuál era mi deber con respecto a la herencia familiar, así que me preparé también a fondo para saber moverme en el mundo de las finanzas. Me convertí en un excelente inversor. Y muy pronto pude unir ambas facetas.

Empecé pronto a invertir en arte y ahora tengo una colección bastante impresionante.

Y no, no podía dar crédito a lo que acababa de pasar en la galería de Victoria Sailor.

Tendría unas palabras con ella más tarde, o tan pronto como me fuese posible, pero me indignaba no haberme podido hacer con el cuadro de Stella Bennett.

Estaba cabreado, pero hasta ese conato de rabia que me hacía apretar con fuerza la copa de champán que la anfitriona me había llenado ya en dos ocasiones se había apaciguado en cuanto vi a Stella de cerca.

La acababa de conocer y ya estaba perdido.

Y me habría encantado poder decirle que lo primero que me había obsesionado de ella había sido su pintura. Esa era la verdad. El cuadro que alguien había comprado cinco minutos antes de que yo se lo pidiese a Victoria.

—Soy Simon —le dije.

Evité pronunciar mi apellido. Es relativamente conocido en la zona de Manhattan en la que nos encontrábamos. No quería condicionar aquel primer encuentro. Porque sí, tenía muy claro que habría un segundo. Y un tercero. Y todos los que ella quisiera.

—Stella —me contestó a su vez, sonriendo.

Miraba a un lado y a otro, canalizando todos los estímulos de la sala. No parecía demasiado interesada en mí. Y eso era algo que iba a cambiar, por supuesto. Tenía que cambiar. Pero esa mirada que nos habíamos lanzado casi de un extremo a otro de la galería me daba ciertas esperanzas.

—¿Dónde puedo ver otros cuadros tuyos? —le pregunté, como si fuese una completa desconocida.

—¿Cómo?

—¿Tienes un estudio? ¿Tal vez alguna web? ¿Quién te representa, Stella?

Su cándida belleza me daba muchas pistas. Para empezar, que era, a todos los efectos, una recién llegada, y eso era una buena señal.

Su arte era tan puro que Stella todavía no se había preocupado por cuestiones más prosaicas, como por ejemplo cómo llegar al público. Pintaba para ella misma. Eso era más que evidente. Y ese es el tipo de artista que me interesa. Solo que rara vez *coincide* con el tipo de mujer que me interesa.

—Nadie. No me representa...

De repente un brazo salió de la multitud que había empezado a rodearnos. Era la anfitriona, Victoria.

—Simon, disculpa, te la robo un momento —me dijo—. Querida, quiero que conozcas a Tom Bellington. Es un crítico de arte muy importante. Nos conviene que lo saludes...

Ni siquiera tuve tiempo de invitarla a tomar algo, ni de despedirme siquiera. Esa arpía de Victoria Sailor se la llevó en volandas. Suspiré hondo mientras la contemplaba de espaldas.

No sé explicarlo.

Sentí *algo*.

Me presentan a mujeres hermosas a menudo. ¿Dos o tres cada semana? ¿Seis? No tengo ni la menor idea. Pero no recuerdo la última vez que había sentido esa...urgencia. No hacía ni dos segundos que se había ido de mi lado y ya la echaba de menos desesperadamente. Esa sensación me irritó. Era del todo desconocida para mí.

Me quedé allí plantado, en medio de la sala principal de la galería como un pasmarote. Me sentí ridículo. Acusando la derrota.

Pero ese sentimiento siempre me resbala. Nunca se queda, me lo sacudo en apenas unos minutos. Lo bueno de ver a Stella Bennett marcharse de mi lado era que, automáticamente, empezaba la cuenta atrás para volver a encontrarnos.

Dejé la copa sobre una de las mesas auxiliares y me deslicé entre el gentío. Sonreí aleatoriamente a un par de personas cuyos rostros me resultaban familiares y abandoné la galería. No quería ver, bajo ningún concepto, a Stella prestándole la más mínima atención a otro hombre.

Esa era su noche y debía disfrutarla.

Ya llegaría la mía.

Abandoné la galería sin despedirme de nadie. Era algo común en mí. Me gustaba pensar que, de repente, alguien se preguntaría dónde me había metido.

Esa noche soñaría con que ese alguien fuese Stella Bennett.

CAPÍTULO 3

STELLA

El aroma del café recién hecho se dispersaba en el ambiente mientras Chantel y yo nos acomodábamos en un rincón de la pintoresca cafetería. Estábamos en un local que nos encantaba, pues su decoración recreaba una especie de bosque de hadas. No era precisamente barato, pero de algún modo se había convertido en nuestra sede personal cuando hacía algunos días que no nos veíamos y convenía actualizarnos.

No era el caso.

Era el día después. La noche anterior había conseguido mi primera gran venta. Y había dormido más bien poco. Así que todo el café del mundo era más que bienvenido.

—Suéltalo ya, Stella. Vi que se acercó a hablarte. ¿Qué onda con el señor Misterioso? El del traje oscuro —Chantel se inclinó un poco sobre su taza. Una sonrisa traviesa que conocía demasiado bien apareció en sus labios. Sus ojos brillaban de pura curiosidad.

Continué removiendo mi café.

—¿Te refieres a Míster Simon? Ojalá lo supiera. Apareció de la nada, me colmó de cumplidos y luego, ¡zas! Desapareció. Es como si fuera un fantasma.

Chantel levantó una ceja. Dios mío, ¿cómo podía existir alguien tan intuitivo?

—¿Un fantasma multimillonario, tal vez?

Me encogí de hombros.

—Ya sabes que eso me da exactamente igual. No sé, es solo que noté cierta...conexión. Cuando nuestras miradas se cruzaron, antes incluso de que se acercase a saludarme. Pero está claro que me he equivocado. Se esfumó sin más. Victoria me pidió que saludase a Tom Bellington y cuando volví a buscarlo...ya no estaba.

—Simon —fue toda la respuesta de Chantel, en tono irónico.

—No sé su apellido.

—Espera, espera. ¿Por qué llevamos diez minutos hablando de él?

— Bueno, querida, tú me has preguntado.

—Ya, pero no esperaba que te hubiese afectado tanto. Estamos aquí para celebrar tu éxito. Suspiré.

—Sí, claro que sí. Por cierto, Victoria no quiso decirme quién compró *Sueños líquidos*.

—¿Por qué no?

—Es confidencial.

—¿Y te dijo por cuánto?

—Eso sí. Cuarenta mil.

Chantel se echó hacia atrás de golpe.

—Dios mío, Stella. Eso es...

—...Fabuloso. Como Victoria diría.

—Está muy bien, ¿no? Quiero decir, ya sé que ella se lleva una jugosa comisión y demás...

—No he discutido nada de eso aún con Victoria. Pero me ha dicho que quiere representarme. Me reuniré con ella la semana que viene. Tal vez antes, si encontramos un hueco.

Chantel me apretó la mano.

—En cualquier caso me alegro mucho por ti, Stella. Has trabajado muchísimo para conseguir esto. Pero aunque no quiera decirte quién fue el comprador...o al menos no por el momento, tal vez podríamos adivinarlo más o menos, ¿no? ¿Crees que podría haber sido él, y por eso se acercó a saludarte?

Me encogí de hombros. Victoria me había dicho que entendía mi curiosidad, pero que confiase ella cuando me decía que eso no era relevante. Era mucho más importante que aprendiese a desvincularme de mis cuadros una vez terminados que la identidad de las personas que se los llevaban a sus casas.

—No tengo ni la menor idea. No lo sé. Y de todas formas, creo que nunca lo sabré. Como te decía, desapareció sin más...

Chantel asintió.

—De todas formas, esa mirada...Hasta a mí me puso los pelos de punta. ¿Espeluznante o intrigante? No podría decidirme.

Dios mío, qué cotilla era.

—Yo diría que es tan espeluznante como intrigante. Quiero decir, ¿quién es y por qué desapareció sin más después de expresar esos sentimientos tan profundos sobre el cuadro?

Suspiré. Mi mente aún lidiaba con el misterio. Tal vez ese encuentro era el motivo real por el que no había dormido bien.

Chantel dio un sorbo a su café, con su mirada fija en mí.

—Quizás sea tu admirador secreto y esté planeando comprar todas tus pinturas y construir un santuario en tu honor.

—O tal vez sea solo un excéntrico coleccionista de arte con cierta tendencia a las entradas y salidas dramáticas.

Mientras bromeábamos, la atmósfera de la cafetería nos proporcionaba un telón reconfortante para nuestras especulaciones absurdas. Sin embargo, debajo de la charla casual, la curiosidad sobre Simon persistía, convertida ya en una especie de comezón que pedía ser satisfecha.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Stella?

Chantel se recostó. De repente su expresión se volvió algo seria.

—¿Vas a intentar encontrarlo, o simplemente vas a dejarlo pasar?

Medité un instante, repasando el borde de mi taza de café con el dedo.

—No lo sé. Una parte de mí está ansiosa por saber quién es y por qué mi cuadro pareció cautivarlo tan profundamente. Pero, ¿y si es solo un enigma pasajero, una presencia efímera? A lo mejor debería dejarlo ahí.

Sonrió.

—Oh, vamos. Te encantó. Fueron solo unos segundos y la química fue evidente hasta para mí. Tom Bellington era casi tan atractivo como él y no le hiciste ni caso.

—La cuestión es que da igual. Tampoco sabría cómo o dónde localizarlo. Y no creo que me corresponda. Oh, y me preguntó si tenía una...web. Por cierto, creo que tengo que ponerme manos a la obra con eso.

Chantel se rio.

—Dios mío, Stella. Es que eres pintora y ni siquiera te has abierto un perfil de Instagram. El simple hecho de haber llegado hasta la galería de Victoria Sailor sin ningún tipo de presencia

online dejaría de piedra a cualquiera.

—Ya sabes que no tengo mucho tiempo para esas cosas. En Internet hay demasiado ruido.

Estiró una mano y me apretó los dedos con los que normalmente sostenía la paleta de colores.

—Stella, no puedes dejar que el miedo a lo desconocido te detenga. Si hay una posibilidad de algo extraordinario, ¿no quieres explorarlo? Y no hablo de Internet.

Respiré hondo.

—No tengo tiempo para hombres. Y menos ahora.

—Para eso siempre hay tiempo. Pero da igual. Solo digo que no dejes pasar algo que podría ser una auténtica experiencia de vida solo porque no ha llegado en el momento exacto que tú desearías.

Sus palabras resonaron con una verdad que no podía ignorar. Quizás Simon fuera la clave para desbloquear un nuevo capítulo en mi vida, y que aquello me trajera aventuras imprevistas y conexiones profundas.

—Tienes razón. Necesito encontrarlo, o al menos descubrir quién es. Podría ser el comienzo de algo increíble, o podría no ser nada. Pero no lo sabré a menos que lo intente.

Mi amiga sonrió.

—¡Esa es la actitud, Stella! Ahora, vamos a idear un plan para rastrear a nuestro misterioso multimillonario y resolver el entuerto de una vez.

Aquello era un poco infantil, adolescente, tal vez, pero no se lo dije. A Chantel a veces lo mejor es, simplemente, seguirle la corriente.

Era todo mucho más simple. Simon me había visto en medio de la multitud. Esa noche había sido la artista en vender el primer cuadro de la inauguración, y él se había acercado a felicitar me. Eso era todo. Lo demás eran puras especulaciones de dos aburridas en una cafetería.

¿Buscarlo? ¿En qué estaba pensando?

Más me valía cambiar el chip y centrarme en lo que verdaderamente importaba. Mi reunión con Victoria. Necesitaba negociar un buen acuerdo con ella. Todo lo demás, en ese preciso momento de mi vida, podía esperar.

CAPÍTULO 4

SIMON

Tenía la sensación de que ya sabía todo sobre ella. Y no me siento precisamente orgulloso de la manera en que recopilé esa información. Al principio lo hice yo mismo. Me senté delante del ordenador y tecleé las palabras mágicas *STELLA BENNETT* en el buscador de Google, día y noche, hasta la extenuación.

No encontré gran cosa. Sus redes sociales eran inexistentes o estaban muertas desde hacía tiempo, pero sí encontré algunas reseñas y un par de entrevistas en las que la destacaban como una artista novel de gran proyección.

Era mi musa. Mi empeño. Con cada clic sentía que me sumergía más profundamente en las complejidades de su mundo. Y yo era solo un observador silencioso.

En las semanas que siguieron a esa noche fascinante en la galería de Victoria Sailor, mi obsesión fue creciendo, evolucionando hacia algo parecido a una infatuación total.

Las noches se convertían en madrugadas mientras navegaba por el laberinto de información que rodeaba a Stella. Gracias a esas pocas entrevistas conocía sus sueños de la infancia, su cafetería favorita —que, por supuesto, ya había visitado— y las calles por las que deambulaba en sus momentos de contemplación.

Mi investigación se había convertido en una forma de acecho silencioso, una especie de ceremonia digital donde seguía sus pasos a través de redes sociales de terceros, artículos y cualquier fragmento de información disponible. La delgada línea entre la admiración y la intrusión se difuminaba, pero mi fascinación me impulsaba a continuar.

Fue entonces cuando apareció en escena Liam Moore.

El detective.

¿He dicho ya que no me sentía orgulloso?

No sabía cuál sería la próxima aparición de Stella. No tenía su teléfono ni sabía dónde vivía. Como no tenía redes sociales propias, solo había visto algunas fotos de ella o de sus obras en los de otras personas; estudiantes de arte o gente del sector.

No había nuevas exposiciones a la vista y mi único nexo con ella era Victoria Sailor. Ella era mi último recurso. Victoria era alguien a quien recurría para hacer negocios puntualmente, a quien a veces le compraba cuadros. Si le preguntaba por Stella, si le pedía que me facilitase un contacto, trastocaría esa relación comercial.

Así que opté por lo fácil, por lo cuestionable.

Contraté un detective privado que en apenas unos días me entregó una carpeta con todo lo que quería saber antes de acercarme de nuevo a ella.

Stella no estaba con nadie. No tenía pareja. Vivía en un pequeño estudio en Harlem, totalmente volcada en sus pinturas. No salía demasiado. Trabajaba hasta bien entrada la noche la

mayoría de días y solo veía a una amiga de vez en cuando.

Había dado el salto y abandonado su último empleo como dependienta en una tienda de materiales artísticos para dedicarse cien por cien a sus cuadros. Le había costado tomar esa decisión, pero sentía que no tenía un plan B. Que si las cosas no le salían como ella quería abandonaría la ciudad y regresaría a su pueblo, al norte de Vermont.

Sonreí al leer eso en el informe de Moore. Como si yo fuera a permitir que eso sucediese.

Tenía una hermana mayor que se había quedado en Vermont, en Enosburg —así se llamaba el pueblo del que la familia era originaria—. Se había casado y había tenido dos niñas gemelas que Stella adoraba. Sus padres acababan de jubilarse. Él había sido policía y su madre había trabajado como administrativa en un instituto de educación secundaria.

Al parecer no acababan de entender por qué su hija había tomado la decisión de instalarse en Nueva York para ser artista, en una ciudad tan cara. Su padre le decía en ocasiones que si de verdad quería pintar cuadros eso podía hacerlo perfectamente en Vermont. No comprendía la necesidad de Stella de vivir en una monstruosa ciudad, electrizante, con exposiciones y artistas de todo el mundo que tanto aportarían a su propio arte.

Pasé las páginas mientras leía con avidez. Era la cuarta o quinta vez que contrataba a Liam Moore para investigar algún asunto, pero nunca lo había hecho por una mujer. Por suerte no me hizo más preguntas de la cuenta. Se limitó a investigar, redactar su informe y pasarme la correspondiente —y bastante cuantiosa— factura, que pagué muy a gusto.

Pasaron tres semanas hasta que la vi de nuevo, hasta que provoqué un segundo encuentro. Y decidí que esa vez no iba a dejarla escapar.

Toda esa información que había recopilado sobre Stella debería haberme hecho sentir más seguro, pero allí estaba, en de la galería de los Stoketon, unos jóvenes hermanos galeristas que habían apostado también por el talento de Stella. Esa vez no era un solo cuadro. Eran cuatro, una pequeña muestra de su obra, los que se exponían.

Me planté delante de la galería de los Stoketon. De nuevo, me jodía reconocer que estaba nervioso. A lo mejor tenía demasiada información, no lo sé. Todos esos datos habían pintado un cuadro vívido de su vida, nunca mejor dicho, pero nada comparado con la anticipación de encontrarme cara a cara con ella una vez más.

Entré con decisión, y observé a los primeros rostros conocidos. Saludé a un par de invitados desde la distancia. Merodeé un poco entre entusiastas del arte, asiduos a las exposiciones, y un par de críticos. Ni rastro de Victoria Sailor, que a veces se dejaba caer por otras galerías, más por tener controlada a su competencia y a los artistas que por hacer conexiones genuinas.

Y entonces la vi.

Allí estaba de nuevo.

Mi mirada se clavó en ella y pensé en el detective, en el dinero que había desembolsado, y en cómo odiaría que ella llegase a enterarse de eso. Y fue en ese momento, al ver a Stella moverse con gracia y con mucha más soltura que la primera vez, cuando me pregunté si me había enamorado.

¿Era posible?

¿Aquella especie de hechizo cósmico era amor? ¿Era eso lo que se siente?

Stella interactuaba con algunos de los asistentes. Su risa resonaba en el espacio, entre el murmullo y el tintineo de las copas.

Por supuesto, no iba a jugármela de nuevo. Esa vez no estaba allí por los cuadros. Me fui directo hacia ella.

—Stella —pronuncié su nombre en voz alta, por primera vez desde que se lo había dicho al detective por teléfono. Temí que una simple palabra delatase mi ansia y todas mis incertidumbres.

Ella se giró. Nuestros ojos se encontraron, y creí percibir una luz repentina en ellos.

—Simon. Nos encontramos de nuevo.

Simon.

Simon.

Dios mío, recordaba mi nombre.

Me regaló una sonrisa genuina y perfecta.

Se me olvidó lo que iba a decirle.

—¿Te enseñó mis nuevos cuadros? —me preguntó.

Eché un vistazo a su alrededor. No había nadie cerca que pudiese importunarnos.

—Por favor. Estoy deseando verlos.

CAPÍTULO 5

STELLA

Ha venido, pensé.

No tengo la menor idea de dónde saqué el arrojo para pedirle que me acompañase. El tour por la pared donde se exhibían las cuatro obras que había cedido a los hermanos Stoketon iba a ser rápido, pero era solo una espontánea excusa para alejarnos del gentío.

Había pasado casi un mes desde que nos vimos por primera vez y no había dejado de pensar en él. Intenté centrarme en nuestra conversación. Le conté algunas anécdotas, y las inspiraciones detrás de cada obra. No solo parecía genuinamente interesado en lo que le decía, sino que Simon sabía perfectamente de qué le hablaba. Existía la posibilidad de que fuese realmente un coleccionista. Nuestra conversación empezó a fluir sin esfuerzo.

Clavé la mirada en sus ojos en varias ocasiones. Aquella energía que nos desbordaba no era normal.

Entonces me corté un poco. No quería *venderme* ante un posible coleccionista. Quería ver quién había detrás de aquel elegante traje, con pinta de costar más que el alquiler mensual de mi estudio.

—Podría interesarme tener alguno de tus cuadros, Stella —dijo—. Pero solo querría saber una cosa. Bueno, en realidad dos.

Parpadeé, sorprendida.

Me había pillado por sorpresa. Entonces, ¿no había sido él quien había comprado la pintura que expuse en la galería de Victoria?

—Claro, dime —le dije.

—Vas a seguir pintando, ¿verdad?

—No entiendo...

—Me gusta invertir en artistas noveles, sobre todo si tienen un talento tan evidente y desbordante como el tuyo. Pero no querría comprar un cuadro de alguien que tenga pensado dejar los pinceles. Porque eso lo devaluaría. ¿Me explico?

Algo se quebró en mi cuerpo. Desilusión, ¿tal vez? No. Era un coleccionista, pero también un inversor. No debería sorprenderme, al contrario. Debería empezar a acostumbrarme a tratar con tipos como él. Iban a ser mis mejores clientes si lo que quería era vivir de mis cuadros a largo plazo.

Y no había nada que deseara más. Observé sus labios, ligeramente curvados. Bueno, tal vez sí había algo que deseara más. Pero nunca lo confesaría en voz alta.

Ojalá me besara, pensé en ese momento, sin pensar dónde estábamos, en mitad de una galería de arte repleta de gente.

—No voy dejarlo —le dije—. Esta...es mi vida. Es lo que hago. Lo que soy. No podría dejarlo aunque quisiera.

Sonrió complacido.

—Bien. Me arrebataron el cuadro que expusiste en la galería de Victoria. Aún no sé quién fue...Pero estoy más que dispuesto a pagar la diferencia con creces. Me alegra que hayas aumentado tu caché.

Me sorprendió su revelación.

—¿Sabes algo? No sé por qué, pero tenía la esperanza de que hubieses sido tú ese misterioso comprador.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No puedo negar que me hubiese encantado. Pero al parecer no llegué a tiempo, Stella. Y eso no suele pasarme. Supongo que me distraje...mirándote.

Mi corazón palpitó, reclamando mi atención. ¿Estaba coqueteando?

—¿Cuál es la segunda cosa? —pregunté.

—¿Qué?

—Querías decirme dos cosas.

Respiró hondo antes de hablar. Fue evidente.

—Sí. Quería invitarte a cenar.

—¿Hoy?

Sonrió.

—Hoy, mañana... Cuando tú quieras. Cuando puedas hacerme un hueco. Sé que estás bastante ocupada.

Se mordió el labio.

¿Entonces era aquello...una cita?

—Quiero decir...intuyo que estás bastante ocupada. Es obvio que tu carrera está despegando justo ahora.

—Sí.

—¿Cómo?

—Sí, me encantaría, Simon. Me gustaría seguir hablando contigo en un ambiente más tranquilo.

Miré un momento a mi alrededor. Aparecieron en mi campo de visión algunas caras conocidas, incluidas las de mis anfitriones, Caleb y John Stoketon, que no podría ignorar durante mucho tiempo más. Debía saludar a la gente. Ese era, sobre todo, el motivo de mi presencia allí esa noche.

Simon se inclinó junto a mi oído.

—Dime tu número de teléfono, Stella. Te llamaré pronto.

Me desconcertó. No hizo ningún amago de sacar su teléfono o de tomar nota. Solo me escuchó atentamente. Sentí que no había vuelta atrás, que tal vez me llamaría. Sentí todas las cosas correctas.

Para lo que tal vez no estaba preparada era para lo que sucedió a continuación.

Mientras yo susurraba a más velocidad de la debida los nueve números de mi número, del trasto que llevaba al fondo del bolso y que prácticamente solo desempolvaba cuando llamaba a mis padres, observé cómo Simon repetía como un mantra las cifras. Las estaba memorizando.

Y entonces pasó.

No tenía sentido. No era el sitio ni el momento. Nuestros labios chocaron como una tempestad acercándose a una playa. Allí, plantados delante de mis cuatro cuadros, un beso fugaz pero evidente. Nadie que nos estuviese mirando tendría dudas al respecto de lo que allí se estaba desatando. Un beso en los labios, de los más dulces que recordaba.

Y después se fue, me dejó temblando en mitad de mi segunda noche importante como artista plástica. No fue discreto ni disimulado porque nuestra energía y nuestras ganas nos desbordaron.

Simon se perdió entre la gente como vino, como una aparición; el hombre que podía hacerme perder el norte y que solo veía cuando presentaba mis cuadros.

Instintivamente, metí la mano en el bolso y busqué mi teléfono. Ni siquiera estaba encendido en ocasiones como esa. Introduje el código PIN para ponerlo en marcha y desde el segundo que me dejó esperé su llamada.

CAPÍTULO 6

SIMON

Estreché la mano de Caleb Stoketon justo después de entregarle el cheque. Ya eran míos. Mis cuatro primeros cuadros de Stella Bennett. Suspiré satisfecho y me recosté en la silla de su despacho.

En cuanto me despedí de ella con un beso que me salió de las entrañas, aún sorprendido porque ella no me hubiese apartado, me fui a buscar al dueño de la galería. Le dije, sin mediar más palabra, que me reservase sus cuatro cuadros, y que me hiciese saber enseguida si recibía nuevas piezas de su factoría.

—No te preocupes. Lo tendré en cuenta. Pero subirán de precio, estoy convencido. Stella Bennett es un talento en alza.

—Eso no será un problema, Caleb. ¿Cuándo me los podré llevar?

—La exposición seguirá dos semanas más. Así que en cuanto termine serán todo tuyos. Por cierto, Stella y tú...

Una sonrisa maligna se dibujó en su rostro. No iba a darle explicaciones de ese tipo a alguien con quien estoy haciendo negocios.

—Sí. Nos conocemos.

Caleb levantó las manos.

—No, no. No me interesa lo que haya entre vosotros. Es solo que me extraña que, si la conoces, y creo que a todo el mundo en la inauguración le quedó claro, no recurras a ella directamente para conseguir su obra. Me consta que es una artista que trabaja de sol a sol. Está todo el día encerrada en su estudio. Así que debe producir bastante. Y además tiene una buenísima proyección...

No contesté a lo que realmente me estaba preguntando. Si tenía algún tipo de relación personal con ella. Me había visto besarla y había alucinado, supongo. Y soy de los que cree firmemente que lo que se ve no se pregunta.

Me encogí de hombros y cambié de rumbo aquella charla:

—Victoria Sailor tiene buen ojo para reclutar buenos artistas. Sus fichajes son garantía de éxito.

Caleb parpadeó.

—No me consta que Stella esté trabajando con Victoria.

—Aún no. Pero está en su punto de mira. Al fin y al cabo Stella Bennett debutó en su galería.

Me levanté de la silla, dispuesto a marcharme. Había sembrado el gusano de la discordia en la manzana de Caleb Stoketon, y me daba por satisfecho. Los galeristas de esta zona de Manhattan se llenaban la boca de pretendidas amistades y camaraderías, pero en el fondo disfrutaban clavándose puñales en la espalda y robándose a los artistas más prometedores. Y Stella era una de las más talentosas.

—He de irme, Caleb. Seguimos en contacto.
Se quedó desconcertado.

Abandoné su despacho, en el piso superior de la galería. Era la última hora de la tarde. Podría haber resuelto todo aquello por teléfono, pero quería contemplar los cuadros de Stella una vez más, sin la presencia de la artista, a la que vería muy pronto.

Solo habían pasado dos días desde que la había besado delante de aquellas pinturas, y ante todos los invitados de los Stoketon, y no podía esperar ni un minuto más para verla. *Siempre está encerrada en su estudio*, me había dicho Caleb. Yo no quería distraerla, pero ya conocía el lugar exacto en el que trabajaba. Un pequeño *addendum* al trabajo de mi detective, Liam Moore.

Saqué mi teléfono móvil y marqué el número de Stella, después de respirar hondo. No iba a decirle que había comprado sus cuadros. Me costaba mucho separar mi interés genuino por ella como artista de lo que sentí las veces que la había tenido a mi lado.

Oír su voz al otro lado de la línea fue como si saliese el sol de repente en la isla de Manhattan.

Intenté calibrar su estado de ánimo, si la pillaba desprevenida y cómo se sentiría ante una de mis inminentes visitas.

—Me gustaría pasar a verte por tu estudio, Stella —le dije—. Quiero ver cómo trabajas. Y si te parece podríamos salir a cenar un rato, tal y como te dije. O puedo pedir que nos traigan algo de algún restaurante que te guste.

Me pareció que dudaba un instante.

Supongo que no era lo que ella había calculado. No soy muy de citas convencionales. Y no quería molestarla, si estaba tan recluida en su estudio. Observar a la gente en su hábitat natural era lo ideal para un tipo como yo, a quien le gusta observar y recabar información.

—Claro, Simon. Puedes venir a verme. ¿Te parece en unas dos horas? Así puedo terminar antes y cenamos algo, si te parece.

Me dio la dirección de su estudio, que coincidía exactamente con la que me había comunicado Moore. Me moría de ganas de verla de nuevo. Dos días *eran* demasiado.

Las dos horas que transcurrieron desde mi llamada hasta que bajé los cinco escalones que conducían a su pequeño taller se me hicieron eternas, y aún así no recuerdo ni qué hice. Deambulé, tal vez. Le pedí a Houston, mi chófer, que me llevase a una tienda de música del Soho. Allí compré tres discos de *jazz* en vinilo. No tenía la menor idea de qué música le gustaba a Stella, ni si escuchaba algo mientras pintaba, pero tal vez le gustarían.

Llegué puntual. Conté unos diez segundos desde que llamé al timbre y entonces volví a tenerla junto a mí, sonriendo. Supongo que es una cosa adolescente preguntarse si debía rodearla con mis brazos por la cintura y atraerla de nuevo hacia mi cuerpo en cuanto la viese, estrecharla entre mis brazos. Estudié su reacción inmediata, junto a su cándida sonrisa.

—Simón, qué alegría verte otra vez.

Suficiente. Suficiente para que mi beso se acercase de nuevo peligrosamente a sus labios. Estuvo cerca, pero al parecer no tanto, ya que ella corrigió de inmediato la dirección de nuestro encuentro y nuestras lenguas se enredaron, en aquel espacio pequeño y coqueto que olía a aguarrás y estaba cubierto de lienzos abstractos, explosiones de color.

Era pronto. Era pronto para todo, pero nuestros cuerpos reclamaban al otro y yo no podía. No podía frenar lo que sentía. Aquellas semanas de estudio de Stella Bennett sin poder verla me

habían superado.

Seguimos besándonos. Dejé la bolsa cuadrada con los tres discos sobre un taburete. Vi de reojo el cuadro de grandes dimensiones en el que estaba trabajando, y los rastros de pintura en la yema de los dedos con los que me acariciaba el rostro. Su respiración era entrecortada. Allí dentro hacía frío. Dios mío, Stella necesitaba un estudio mucho mejor, más acorde con su talento. Más espacio, más luz y más calor.

Tomé nota de ello.

Acogió mis mejillas entre sus manos. No eran suaves, eran las manos de una artista en constante inmersión. La toqué, calibrando sus curvas debajo de una camiseta amplia y unos *leggings* negros. Stella no se había cambiado de ropa ante mi inminente visita y aquello me encantó.

Nos movimos entre bastidores y tubos de pintura acrílica abiertos. Sus manos delataban la misma urgencia que yo sentía, pero aún así necesitaba su confirmación explícita. No quería que pensara que iba a esfumarme, que era de ese tipo de hombres que reaparecen al cabo de unas semanas.

—No tenemos que correr si no quieres, Stella...—le dije.

Fijó sus ojos en los míos, mientras nuestra piel ya palpitaba.

—Te deseo, Simon. No he podido apartarte de mi mente desde el día que nos conocimos.

Casi me muero al oír esas palabras.

La cogí de la cintura. La pintora se dio un pequeño impulso y se subió en la mesa que presidía el centro de su estudio.

Uf, no.

Definitivamente aquello no estaba en mis planes. Al menos no tan rápido.

Pero... bienvenido. Por supuesto que iba a atender esa urgencia.

CAPÍTULO 7

STELLA

No sé qué estoy haciendo. Ni siquiera he bebido como para no tener un mejor juicio. Podría arrepentirme, podría desaparecer hoy mismo y dejarme con el corazón desbocado. Intentaba desprenderme de todos y cada uno de esos pensamientos a medida que nuestras manos se perdían debajo de la ropa. Lo deseaba. Lo deseaba tanto...

Fue el beso, supongo, lo que me encendió. Aquel beso que Simon me había dado en la galería de los Stoketon y que me había dejado temblando.

Había tardado dos días en llamarme y casi me había vuelto loca. Evité a todo el mundo en esas cuarenta y ocho horas. Lo único que alivió mi espera fue encerrarme allí, en mi estudio y volcarme en los pinceles.

Obvio que le iba a decir que sí, que viniese a verme, aunque Simon era la primera persona, y por supuesto el primer hombre, que dejaba entrar en mi espacio de trabajo.

A medida que los besos se desviaban de nuestras respectivas bocas y avanzaban por el cuello, noté como sus caricias por debajo de mi camiseta iban *in crescendo*. Ya no eran tan gentiles. La pasión iba a desbordarme. Simon empezaba a amasar mis pechos, libres sin sujetador, como siempre que estaba trabajando en el estudio.

Apretó un poco mi mandíbula con su mano y su boca se cerró sobre la mía. Era un beso hambriento que me dejó prácticamente sin respiración. Empezó a bajarme los *leggings* negros. Se le daba bien, no había duda.

Su tacto era firme pero urgente mientras continuaba aprisionando mi carne, mis caderas. Me refugié entre sus brazos, aún más cerca de su torso, mientras él gruñía de pura necesidad. Aquello iba a ser rápido porque ya podía ver su miembro, duro e hinchado, listo para que lo recibiese.

Me derretí. Me olvidé del trabajo que tanto me había absorbido en los últimos meses. No había nada que quisiera más que sentirlo dentro de mí y se moviese a toda velocidad hasta darme lo que necesitaba, lo que me urgía. Lo que nos urgía a los dos.

Me bajé de la mesa para recibirlo mejor. Justo cuando estaba a punto de deslizarse en mi calor empapado, Simon se puso rígido y murmuró: “necesitamos un condón”. Se apartó un poco de mí, pero yo no podía esperar más. La intensidad de nuestros encuentros, hasta entonces rodeados de gente, me había dejado con ganas de más.

—Te necesito dentro de mí ahora, Simon —gemí—. Yo no...hace mucho que no estoy con nadie. Y tomo la píldora. Lo quiero ya.

No hizo falta que hablase más. Me penetró al instante. Aquellas palabras parecieron encenderlo aún más. Aquel hombre misterioso, alto y elegante se convirtió en pocos minutos en un animal primario y excitado. Me lo hizo de forma dura, casi bestial. Y a mí me gustó. Me encantó. Eso era exactamente lo que necesitaba.

Nunca había sabido lo que era la pasión carnal hasta esa tarde. Me abrazó con tanta fuerza que nuestros vientres sudaban el uno contra el otro, mientras él me estrechaba entre sus brazos. Puso las palmas de sus manos debajo de mis glúteos y me levantó a peso contra la mesa.

—Ughhhh, dios mío, Stella. Dios. No creo que pueda aguantar mucho más.

Mis caderas se elevaron para recibir sus embestidas y sentí como cada músculo de mi vientre respondía a su grosor. Escoré mi pelvis para recibirlo aún más profundo. Podía notar como su glándula golpeaba el cuello de mi útero y pensé que en mis contadísimas experiencias sexuales ningún hombre había llegado tan lejos, ni me había hecho sentir tan cerca de él.

Era una mezcla de placer y dolor tan deliciosa y salvaje y que se acumuló tan rápido que entré prácticamente en trance. Lo sentía grande, duro, ardiente y pesado.

Y lo sentía mío.

Todo mío.

Cuando me miró a los ojos y susurró mi nombre me deshice en grandes oleadas de jadeos. Todo mi cuerpo se puso rígido por un instante, mientras los dedos de mis pies se curvaban y espasmos incontrolables recorrían mis extremidades.

Un grito agudo, casi animal, llegó de alguna parte. ¿Tal vez de mí misma? No me importaba. No quería saber nada más que lo que concernía al hombre que gruñía ya sobre mí y que en ese instante se corría intensamente.

Cuando terminó, su cabeza cayó sobre mi hombro. Un profundo y cálido suspiro recorrió mi pezón, arrancándome otro escalofrío.

No quería que ese momento terminase nunca; ni tampoco hubiese imaginado que el sexo pudiese sentirse así entre dos personas. Ni la más mínima idea. Le acaricié el pelo y le planté un beso en la mejilla sudorosa.

—Espero no haberte lastimado, Stella. No sé qué me ha pasado, pero me sentí tan...

—Shhhhh. No hables ahora. No digas nada. Shhhhhh.

Enterró su rostro en mi cuello y me abrazó con fuerza. Aún palpitábamos a un ritmo frenético. Nos quedamos juntos en silencio hasta que noté que la presión en mi vejiga necesitaba atención y tuve que moverme.

Sus ojos en ningún momento abandonaron mis curvas cuando me envolví en la enorme chaqueta de lana que usaba en mi estudio cuando tenía frío y salí hacia el baño.

CAPÍTULO 8

STELLA

Las cejas de Victoria Sailor tenían una forma peculiar, como de bruja Disney. Era una mujer de edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta años, y se conservaba en formol. Era muy atractiva. Vestía con un curioso *blazer* de color gris, con unas hombreras enormes y puntiagudas que acentuaba incluso los rasgos de su cara.

Se levantó de su silla tranquilamente y se acercó a uno de los ventanales. Empezó a regar las dos únicas plantas que tenía en la oficina.

Mi mente se evadió por un momento, recordando una vez más la noche que había pasado con Simon. Simon Stephanopolis. Ya sabía su apellido. Ya tenía una ligera idea de quién era el hombre que me había seducido.

Habían pasado algo menos de cuarenta y ocho horas desde que nos habíamos despedido y yo estaba inmersa en un torbellino de emociones. Sentía que nuestra conexión era más fuerte y sin embargo había algo que no me encajaba. Llamadlo intuición de artista, si es que tal cosa existe, no tengo ni idea. Estaba inquieta.

Al día siguiente recibí un mensaje de Victoria, emplazándome para una reunión de negocios en su despacho. Iba preparada. Más o menos sabía lo que quería. Que me incorporase a su cartera de artistas. Ser mi representante de manera oficial.

Tenía ciertas dudas con eso. Por una parte quería estar centrada en la pintura, pero dejar la circulación de mis obras en manos de otra persona tampoco me convencía al cien por cien. No se había establecido la suficiente confianza entre nosotras como para darle esa sustanciosa comisión sobre mi trabajo.

Pero allí me encontraba, en su oficina. Aquellas paredes pulidas y la decoración elegante creaban un ambiente sofisticado y minimalista que contrastaba fieramente con mi cascada de emociones.

—Stella... Supongo que ya intuyes por qué te he pedido esta reunión. En primer lugar, te pido disculpas. En circunstancias normales esto habría sido más distendido, te habría invitado a comer, estaríamos por ahí, tomando un buen cóctel. Pero supongo que eso podemos hacerlo para celebrar un acuerdo. Así que iré al grano. Sé que estás trabajando con los Stoketon también, que les cediste cuatro obras. ¿Qué tal ha ido?

Torcí el gesto. Me incomodaba un poco hablar de eso. A fin y al cabo era su competencia.

—Bien. Sí. Les cedí cuatro obras de formato mediano. Y tengo entendido que están vendidas.

Victoria suspiró. Aquello no le había hecho ninguna gracia, pero no tenía sentido ocultarle información. En ese mundillo todo se sabía.

—Verás. Quiero que trabajes en exclusiva conmigo. Eso significa que sería yo quien comercializaría todo tu trabajo durante el periodo que acordemos. Podemos discutir todos los

detalles, pero eso te dejaría todo el tiempo del mundo para centrarte en tu trabajo.

Extendió una carpeta de color verde sobre la mesa.

—Aquí estarían los puntos del acuerdo. Es un contrato estándar, muy parecido al que tengo con otros artistas. Por supuesto, puedes hablar con cualquiera de ellos y pedirles *feedback*...Y preguntarme cualquier duda que tengas.

Sonreí. Estiré el brazo y cogí la carpeta. La guardé directamente en mi mochila, sin echarle un vistazo.

—La veré con detalle, Victoria.

—¿No vas a leerlo ahora?

—Prefiero estudiarlo con calma. En casa.

Sus labios se apretaron un poco más, convirtiéndose en una línea aún más fina. No estaba acostumbrada a encontrarse con reticencias.

—Stella, tengo algo que compartir contigo.

—Claro. ¿De qué se trata?

Vaciló un instante antes de hablar.

—Se trata de *Sueños Efímeros*, el cuadro que me cediste.

—¿Qué pasa con él?

—Fui yo misma quien lo compré. Me parece que si empezamos a colaborar de forma regular, deberías saberlo.

—¿Cómo?

—Fue una apuesta personal. Y, además, siento decir que nadie más me preguntó por ese cuadro, aunque yo personalmente no dudo de su calidad. Así que debes estar tranquila en ese sentido.

—Los cuadros que les cedí a los Stoketon...

Victoria apoyó los codos en su elegante mesa y se acercó un poco más a mí. Y entonces me lanzó una segunda confesión. Una un poco más dolorosa.

—Stella, creo que te mereces saber la verdad. La persona que compró esos cuatro cuadros fue Simon Stephanopolis. Como supongo que ya sabrás, está forrado. Y por alguna razón, le interesas más allá de tu arte.

—¿Cómo? Pero él no me ha dicho...

Victoria se rio. Estaba disfrutando cada segundo de aquello.

—Querida, no te preocupes por eso. Como ya te he dicho, nadie duda de tu arte. Los comienzos son duros para todo el mundo, y si puedes contar con un pequeño espaldarazo de alguien con dinero, mucho mejor para ti. Estás con él, ¿no?

Me quedé callada. Esa era una cuestión personal, y además, ni yo misma tenía una respuesta.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras procesaba todo lo que Victoria me había dicho. La magnitud de la verdad me había colapsado.

Entonces, ¿era todo una farsa? ¿Mis cuadros no interesaban a nadie más que a la mujer que quería parte de mi dinero y al hombre que pretendía seducirme, y que, por cierto, lo había conseguido?

Había estado en mi estudio. Me había entregado a él, allí mismo, en mi mesa de trabajo. ¿Por qué no me había dicho que había sido él quien había comprado los malditos cuadros?

—¿Por qué iba a ocultarme algo así? —murmuré, con mi voz teñida de enojo y confusión. Creo que estaba al borde de las lágrimas, pero no le iba a dar esa satisfacción a Victoria.

—Las personas tienen sus razones, Stella. Algunos se mueven por el deseo de proteger, mientras que otros están atrapados en una red de secretos de la que no pueden escapar. Pensé que

tenías que saber la verdad, pero cómo manejarla depende completamente de ti.

Salí de la oficina de Victoria triste y agobiada. Le prometí que estudiaría su oferta y le daría una respuesta lo antes posible. Pero lo cierto era que esa galería que una vez me pareció una especie de santuario, una de las metas de mi incipiente carrera, me parecía ahora un espacio de traición.

Las calles animadas del Bajo Manhattan no consiguieron mejorar mi estado de ánimo. Ni siquiera ver la librería Strand a solo unos pasos, una de mis favoritas en la ciudad, me hizo aparcarme mis preocupaciones. La trama de confianza que había tejido con Simon, en nuestros primeros encuentros, se debilitaba por momentos.

Empecé a andar como un robot, confiando en que un poco de ejercicio me sentaría bien. Y de repente, de nuevo, mi intuición estaba alertándome de algo que me acechaba.

No lo vi al instante. Supongo que era bueno en su trabajo, pero me giré dos veces y, por encima de mi hombro, alcancé a ver a un hombre vestido con un abrigo oscuro y gorra, y los ojos ocultos tras unas gafas de sol.

Me estaban siguiendo.

Mi pulso se alteró.

Caminé durante quince minutos más. Tracé una ruta absurda, caminando sin rumbo por las calle 12 hasta Union Square. Y ahí seguía.

Aceleré de nuevo el paso, y mis sentidos se agudizaron. La presencia del hombre que me seguía no era una ocurrencia aleatoria; era un movimiento calculado, una intrusión en el santuario de mi privacidad. Mi mente se llenó de preguntas. ¿Era un detective? ¿Quién había contratado a este tipo y por qué seguía cada uno de mis movimientos?

Me la jugué. Me acerqué a un callejón desierto y aminoré la marcha. Su presencia entonces se hizo mucho más evidente. Me giré bruscamente, enfrentándome a él. Supongo que la adrenalina y la rabia derrotaron al miedo.

—¿Quién eres y por qué me sigues?

La mirada del detective se cruzó con la mía, inexpresiva. Se quitó las gafas enseguida, dejándome apreciar y memorizar sus ojos claros.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, señorita Bennett. No hay necesidad de alarmarse.

—¿Tu trabajo? ¿Quién demonios te ha contratado?

La tensión en el aire se evidenció.

Vaciló un momento, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Digamos que alguien que tiene cierta preocupación sobre su seguridad.

Dios mío. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿En serio, Simon? ¿Mi seguridad? No había nadie más en mi vida que pudiese tener semejante...ocurrencia. ¿Un detective? Lo que me faltaba.

—No necesito a nadie siguiéndome —contesté, con voz firme—. Dile a quien sea que te haya pagado por seguirme que puedo cuidar muy bien de mí misma.

El detective inclinó la cabeza y se dio la vuelta, dejándome sola en la entrada del callejón. Salí de allí y aceleré el paso. Quería llegar a mi estudio lo antes posible. ¿Por qué? ¿Un detective? Uno de los malos, además. No había sido muy difícil captar sus movimientos.

Cuando llegué a mi estudio y cerré la puerta ahogué un sollozo. Para colmo todo allí me recordaba a él, a lo que habíamos hecho. Estaba llena de preguntas y dudas, y al mismo tiempo no tenía ganas de hablar con Simon. ¿Había comprado mis cuadros sin decírmelo? ¿Y encima me vigilaba?

Mientras recorría la habitación, recogiendo los instrumentos que necesitaba para ponerme de

nuevo a pintar, mi teléfono vibró al recibir un mensaje. La pantalla se iluminó. La palabra SIMON hizo que me estremeciese. Y debajo de ella, un escueto mensaje:

Necesito explicarte. ¿Podemos vernos?

Aquel mensaje me desbordó. Por una parte tenía ganas de apagar el teléfono, o de lanzarlo contra el lienzo; y por otra necesitaba aclarar qué había pasado, quería que me explicase por qué me sentía traicionada. ¿Me esperaba un clamoroso desamor?

Respiré hondo. Necesitaba respuestas. Tecleé a toda velocidad:

Está bien. Dime un sitio y hora.

Mientras me preparaba para enfrentarme a Simon, tal vez por última vez, las luces de la ciudad que parpadeaban a través de mi ventana me recordaron dónde estaba. En la ciudad que había escogido para cumplir mi sueño. En las calles que no me habían dado nunca la espalda.

CAPÍTULO 9

SIMON

Maldito Liam Moore, murmuré entre dientes, mientras me preparaba para mi encuentro con Stella.

Este no iba a ser tal y como yo había previsto. A todas luces iba a tener que cancelar mi reserva en Blake's uno de mis restaurantes favoritos del Upper East Side, donde tenía previsto llevarla a cenar. Pero eso era lo de menos.

No sabía exactamente qué había fallado. Liam Moore era bueno haciendo seguimientos, de eso no me cabía duda. Y Stella lo había pillado. Me llamó enseguida para comunicármelo y para disculparse.

—Está claro que es una mujer extremadamente intuitiva, Simon. *Sabía* que la estaban siguiendo. Hacía muchos años que no me pasaba algo así.

Se tomaba la libertad de llamarme Simon porque mi apellido, decía, era largo y complicado, pero no teníamos esa confianza. Y menos después de su cagada.

—Me dejas con el culo al aire, Moore. Esa es la verdad. Supongo que va a saber que soy yo, ¿no?

—Lo siento, Simon. Lo siento de veras. A veces pasan estas cosas. No me siento orgulloso. Pero como te decía, esa chica tiene un evidente sexto sentido. Obviamente no te cobraré por este servicio...

Colgué el teléfono, angustiado.

Stella y yo habíamos quedado en Union Square, en la puerta de una cafetería bastante conocida. Yo le había propuesto acercarme a su estudio, o a donde estuviese, pero ella se negó. *Prefiero un sitio más neutral*, me había escrito por mensaje.

Aquello me dio mala espina. Estaba preocupado. Di unos pasos bajo el débil resplandor del neón de un bar de copas, esperando su llegada.

No la vi acercarse. Apareció a mi espalda, y aún así evitó tocarme. Busqué su mirada. Sus ojos reflejaban una mezcla de incertidumbre y algo que no esperaba: esperanza. Esa mirada, tal y como me había dicho el detective por teléfono, tenía el poder de desentrañar el tapiz de medias verdades que yo había tejido; y sabía que, si tenía la más mínima intención de que aquella mujer permaneciese a mi lado, había llegado el momento de la honestidad.

—Simon —dijo, con su voz casi convertida en un susurro—. Explícamelo. Todo.

Tomé aire.

No es fácil hablar de la obsesión.

Y más cuando ya estaba convencido de que se había convertido en amor.

—Stella, te debo la verdad. El día que nos conocimos, en la galería de Victoria Sailor, no solo quedé cautivado por tu arte, sino por la mujer que lo había creado. Supongo que eso es más que

obvio, ¿no? Sin saberlo, te convertiste en mi musa.

La expresión de Stella se suavizó un poco, pero el escepticismo persistía. Cerró los ojos, agitó la cabeza en señal de negación:

—Estuvimos juntos. En mi estudio. Y no me dijiste que habías decidido comprar mis cuadros en la galería de los Stoketon. Cuatro de ellos, nada menos. ¿Y el detective? ¡Qué demonios, Simon! ¿Por qué? Eso es lo peor.

El peso de mis acciones empezaba a aplastarme, pero decidí confesar:

—Me obsesioné con tus cuadros. Ya los había visto en un catálogo. En fotos. Hace unos meses. Entonces empecé a seguirte la pista. Cuando supe que expondrías en la galería de Victoria me presenté allí, aunque rara vez acudo a eventos de ese tipo. Pero necesitaba conocerte en persona. Y ya entonces quise comprar ese cuadro, pero alguien se me adelantó. Victoria no quiso darme la oportunidad de hacer una contraoferta. Contraté un detective porque no soportaba tener tan poca información sobre ti...No sé, supongo que cierta oscuridad de mi pasado...

Sus ojos se fijaron en mí, buscando sinceridad.

—¿De qué oscuridad estás hablando, Simon?

Estaba siendo un completo idiota. Tenía que medir mis palabras al milímetro, o la mujer por la que suspiraba se daría la vuelta y se perdería para siempre en las calles de Nueva York.

—Mira, sé cuando estoy delante de la mujer correcta. Tus pinturas me encantan, pero mis sentimientos por ti, me han desbordado...Quiero seguir conociéndote, no solo como la brillante artista que eres, sino como la chica que quiero tener a mi lado. Mereces toda la honestidad y creo que he fallado en eso. ¿Podrás perdonarme?

Se encogió de hombros, la tristeza que la había invadido era evidente. Tampoco me perdonaba eso.

—Sí, claro que puedo perdonar. Pero creo que necesito un poco de tiempo.

Iba a echar el freno. Y era lo más normal del mundo. Yo, en cambio, me lancé por el precipicio:

—Y yo creo que me he enamorado de ti. Y voy a hacer lo que sea necesario para hacer bien las cosas.

Se hizo el silencio entre nosotros.

Stella dio un pequeño paso hacia mí. El conflicto entre lo que necesitaba y lo que deseaba era palpable.

—Necesito tiempo, Simon —repitió—, pero no puedo ignorar el hecho de que yo también me estoy enamorando. Por eso duele.

Sus palabras eran contundentes, pero su cuerpo se acercaba cada vez más a mí. Algo en mi interior explotaba de felicidad. Había una mínima esperanza...

—Me muero de ganas por recomfortarte, por abrazarte.

Respiró hondo.

—He de tomar decisiones. Victoria me ha pedido que trabaje con ella y si te digo la verdad... no estoy segura de nada. Fue ella quien compró *Sueños líquidos*. Y luego tú te llevaste los otros cuatro cuadros. Creo que soy un fraude como artista...

No. Luz roja. Esa no era una buena decisión. Se veía a la legua. Conocía muy bien las artimañas de Victoria Sailor y sabía que Stella no iba a salir muy bien parada si le cedía parte de sus ganancias. Y haberle dicho eso era el primer paso para minar su autoestima.

—Ni de coña —contesté—. No, Stella. Ni se te ocurra pensar eso. Llevo diez años recorriendo galerías, comprando cuadros de artistas noveles y siguiendo atentamente sus carreras. No solo en Nueva York. También en Los Ángeles, Toronto, en Ciudad de México, en

Europa... Y si hay algo de lo que me fío al cien por cien es de mi buen ojo. Sé cuando una artista va a triunfar. Y lo veo en ti. No en esos cinco cuadros. Lo vi...

Levantó la vista y me miró, esperanzada.

Lo que le dije salió de mi corazón, sin pensar, solo porque lo sentía:

—Lo vi del todo hace dos días, cuando fui a visitarte a tu estudio.

Di un paso pequeño hacia ella. La ciudad nos envolvía con sus luces y sus millones de ruidos y aún así nos era extremadamente ajena. Sentí el aire cálido escapando de su cuerpo y reprimí las ganas de besarla.

—¿En mi estudio?

—El cuadro en el que estabas trabajando cuando llegué. El que estaba en el bastidor, con toda esa pintura roja y violeta envolviéndonos mientras...

Se acercó un poco más. Levantó el rostro y sus labios quedaron justo debajo de los míos. Parecía que los conflictos de Stella se iban diluyendo ante mi cercanía.

Deslicé una mano por su cuello y acaricié su nuca. Una sonrisa apareció en sus labios.

—Mientras lo hacíamos, mientras me hacías el hombre más feliz sobre esta maldita ciudad, no podía apartar los ojos de ese cuadro. Mis ojos iban de ese lienzo a tu expresión de deseo, a cada uno de tus gestos, y desde esa noche no entiendo el vacío que siento si no estás a mi lado. Lo del detective... fue una estupidez, Stella. Sobre todo porque ya no era necesario. Pero quería que alguien me avisara si estabas... en peligro. Y esa reunión con Victoria Sailor... me temo que ha sido peligrosa, ¿me explico? ¿Habéis llegado a un acuerdo?

Stella respondía positivamente a mis caricias. Solo entonces empecé a relajarme, a sonreírle.

—No. Le he dicho que necesitaba estudiarlo.

—Bien. Voy a darte todo el tiempo que quieras, pero quiero estar cerca de ti, esperando a que estés lista para...

Me callé de repente.

Esperé. Aguardé su perdón y este llegó en forma de beso. Allí mismo. En ese instante. Nos fundimos en un abrazo frente a Union Square. Mi artista favorita, la mujer con la que soñaba desde hacía meses, me daba una oportunidad, y no tenía ni idea de cuánto lo apreciaba.

Me quité un peso de los hombros mientras sus besos cortos y suaves me envolvían con aquella esperanza renovada. De ahí saldríamos más fuertes, y mientras abrazábamos un futuro iluminado por la promesa de un amor, cualquier equivocación se desvanecería pronto en un segundo plano. Esas sombras eran ya solo un lienzo para pintar nuestra gran historia de amor.

EPÍLOGO

STELLA

Dieciocho meses después...

Futura señora Stephanopolis. Así es este sueño del que no he querido despertar y que ahora me ha traído a Londres, a mi primera exposición en Europa. Y en la Tate Modern, nada menos, el museo que visité de adolescente y que se convirtió en mi favorito.

Señora Stephanopolis...Ese es mi nuevo título. Solo en la intimidad, claro. Yo seguiría firmando los cuadros como *Stella Bennett*.

Simon se acercó por mi espalda y me rodeó con sus brazos. Habíamos llegado a Reino Unido en un vuelo privado hacía solo unas horas.

—Se me hace tan raro no estar trabajando...—le dije.

Disfruté de la fresca brisa del río Támesis. Aquella vista espectacular, con la Torre de Londres y el London Eye de fondo me inspiraba.

Simon se rio.

—Cariño, *estás* trabajando. Te recuerdo que esta es tu primera muestra en Londres.

—Ya, ya, lo sé. Pero sabes a qué me refiero...

Agarró las manos con las que me pasaba el día pintando y las besó.

Mi carrera había despegado con Simon a mi lado. Con mucha más intensidad. Más rápido. Seguí su consejo y rechacé el acuerdo con Victoria Sailor. En lugar de asociarme de forma permanente con la galerista opté por crear mi propio negocio. Me establecí como artista independiente y empecé a comercializar mis propias obras.

Fue un éxito. En solo ocho meses pude comprar mi propio taller cerca de Tribeca y me mudé con Simon.

Él era mi mayor admirador y mi mejor consejero, y muy pronto se iba a convertir en mi esposo. Me hizo ver la importancia de dejarme ver de vez en cuando, de apartarme del lienzo para tomar perspectiva. No solo para vender mi trabajo, sino también para encontrar la inspiración.

Nuestro comienzo fue escandaloso. Precipitado, rápido, incluso algo torpe. Nunca le conté a nadie lo que pasó. Lo del detective, su obsesión...Y no lo hice porque todo el mundo me habría dicho que no lo hiciese. Que no siguiera adelante. Pero no podía ignorar a mi corazón. Decidí que si me equivocaba me levantaría. En Nueva York. En Vermont. Donde fuera.

Eso no pasó.

A veces los planetas se alinean y la persona indicada no te decepciona.

—Empieza a hacer un poco de frío. ¿Entramos en la habitación? —me sugirió Simon—. Tenemos un buen rato antes de marcharnos hacia el museo. ¿Estás nerviosa?

No estaba nerviosa. Estaba obsesionada. Con él, con sus manos, con sus acertadísimos

consejos y con la manera en que me había ayudado en este tiempo, aportando su experiencia solo si yo se lo pedía.

Tomé su mano y dejamos el Támesis a nuestras espaldas. Caímos sobre la cama, una vez más, y Simon me besó como la primera vez.

Siempre me besa como la primera vez.

NOTA DE LA AUTORA:

¡Gracias por la lectura!

Si te ha gustado esta historia no olvides echar un vistazo al resto de entregas de esta serie, [MILLONARIOS DE MANHATTAN](#). ¡Todas las historias son autoconclusivas! Ah, y si te gustan los romances con el mundo del arte como telón de fondo te recomiendo también mi historia [ALGO ATREVIDO](#) y mi novela más extensa: [CATRIONA; un romance rockstar](#) ;)

XXX,

Elsa

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#).
Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

[Un amor oculto](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

[La rehén del millonario](#)

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)

[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)

[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)

[Cerca de tu mesa](#)

[Fuera de mi alcance](#)

[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)

[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)
[El profesor de inglés](#)
[La reportera](#)
[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña
[A ocho metros del leñador](#)
[A cinco minutos del guardabosques](#)

Títulos independientes
[¡No pienso besar al grinch!](#)
[La huida de Bella](#)